

## Presentación de una joven poeta jubilada

Julia Enciso Orellana fue profesora, hoy ya jubilada, de la Universidad Complutense, y en esta Facultad de Educación. Nace en Almería en 1935. Allí realiza el bachillerato y la carrera de Magisterio. Muy joven, va a Madrid, en cuya Universidad Complutense obtiene la licenciatura en Filología Románica.

Al integrarse las Escuelas de Magisterio en la Universidad, obtiene una plaza de Profesora Titular en la Escuela Universitaria “Pablo Montesino”, de Madrid (luego, Facultad de Educación y Formación del Profesorado). En ella sigue ejerciendo la enseñanza, a tiempo completo, hasta su jubilación. Esa dedicación a tiempo completo le permite asimismo dedicarse a la investigación. Fruto de ello son una serie de trabajos sobre el lenguaje infantil –asignatura que ella crea e imparte hasta su retiro–, así como sobre Cervantes, Juan Rulfo, Antonio Machado... (aparecidos en diversas publicaciones colectivas).

En el último tramo de su vida profesional y tras su jubilación, decide ponerse a escribir las impresiones, ideas y sentimientos que le rondaron por la cabeza durante los años de docencia y al contacto directo con los escritores / poetas de los que se ha ido nutriendo a lo largo de su vida. Yo conocía bien que Julia sentía la profunda belleza que encierra el lenguaje poético y que sabía descubrirlo y, asimismo, distinguirlo perfectamente de la mediocridad que desgraciadamente nos inunda. El que ahora le esté brotando como si de un manantial oculto se tratara es casi una hermosa anécdota.

Corría el año 2005. Yo era el director de esta revista y decidimos que el número de tan significativo año debía dedicarse a celebrar el cuarto centenario de la inmortal obra de Cervantes. Y así lo hicimos sacando el susodicho año el '**Número monográfico dedicado a *El Quijote (1605-2005)***'. Terminadas las tareas académicas días atrás, yo esperaba en mi despacho -era ya finales de junio- las últimas pruebas que debía enviarme el “Servicio de publicaciones de la UCM”, cuando me llaman de ese centro para decirme que no pueden enviármelas “hasta dentro de unos días”. Medio cabreado — pues eran ellos los que me habían metido prisa — me voy a casa y me pongo a escribir a unos amigos.

Bueno, amigos, esta tarde venía cabreado de la Facultad porque el maquetador de la revista (que este año lo hace uno que trabaja en el SdeP de la UCM) todavía no ha terminado las galeradas definitivas, después de haberme metido prisa los del propio SdeP. Así que, después de relajarme, y mandar la revista a la eme (pues pienso que hasta setiembre no se va a hacer nada), me puse a caminar “por mis años de infancia y mocedad” (recuerda el título del célebre libro de Unamuno)... Y éste es el resultado; pero no me preguntéis el porqué, pues ni yo mismo sabría responder. Sólo sé que es el único texto mío escrito en verso (endecasílabos y heptasílabos sin rima, aunque sí con ritmo) que me gusta a mí mismo.

**Mujer - Tiempo Vivo**

...y  
¿por qué no enviaste  
a un mensajero con el aviso  
de tu llegada cierta,  
segura de encontrarme,  
cuando cansado de esperar me fui  
buscándote sin rumbo, desnortado?

...y  
al cabo de los años  
sin esperarte ya apareciste  
como la vez primera  
llevando en la mirada  
el color renacido de la aurora  
y en las manos abierta la ternura.

...y  
ahora me desbordan  
por la esquina de mi cuerpo las aguas  
del tiempo despiadado,  
bramando redivivo,  
y en vital angustia encadenado.  
Pero en la azul penumbra de ese tiempo  
veo la luz primera: No te has ido.

◇  
Y...  
aquella luz herida,  
segura de su sino,  
sin miedo a los colores de la vida,  
navega buceando libremente  
en busca del destino:  
La locura de amar sobre la muerte.

Y  
¿por qué dices “locura”?  
No es locura sino atrevimiento  
-dice Sancho- ahuyentar la cordura  
que anula el pensamiento  
luminoso que busca la ventura:  
la cuerda aventura  
de andar libre por la noche oscura.

Miguel José Pérez. 29 de junio de 2005

Después se lo leo a Julia y mantenemos un breve diálogo:

-Julia: Pues yo también he hecho uno.

-Miguel. ¡Ah, sí? Pues léemelo.

-Julia: Mira, se refiere a mis años de adolescente; sobre los recuerdos que tengo del mar y los paseos por la playa.

-Miguel: Venga, léelo.

- Julia: Se titula “El Mar” (y me lo lee).

-Miguel: Me parece muy bueno. Es muy bueno. Me gusta... ¡Oye, y por qué no escribes poemas, ya que tienes esa facilidad y se te da tan bien?

-Julia: No digas tonterías...

-Miguel: Que sí, que sí, Julia. Venga, inténtalo por lo menos. Así te entretienes y, sobre todo, ejercitas tu memoria y mantienes activo tu cerebro, a la vez que **cultivas tu inteligencia aumentando su desarrollo.**

-Julia: Pero no quiero que se llame Mar sólo, sino añadirle algún adjetivo, algo más...

-Miguel: Pues mira, tú misma le acabas de poner el título: ‘*Mar solo*’; sí, pero no sólo ‘solamente’, sino solo, en su soledad.

Julia: ¡Andá! Pues sí, es cierto. Ya está: “Mar solo”.

Y así fue como empezó a nacer esta hermosa criatura (*Sobre el hombro herido del mundo*), un libro del que te ofrecemos tres excelentes poemas referidos a sendos hechos literarios de especialísima relevancia. Hélos aquí:

## I

### Ayer es tiempo todavía

A los maestros republicanos

...lleva quien deja  
y vive el que ha vivido  
(Antonio Machado)

Ayer es tiempo todavía...

Hileras de cadáveres  
hacinados en los pasadizos  
de la historia.

Errantes sombras  
de silencio en el desván  
de la memoria.

Ecós soterrados  
en el vertedero del tiempo,

Poética de la mirada

sin un espacio para la leyenda,  
sin un recuerdo,  
y... sin una fecha.

Anónimos pasajeros de tercera  
nos golpean el aliento:  
¿Habrá un mañana para ellos?

Me pesa la sinrazón,  
me oprime el bozal del miedo:  
la cultura clavada en la cuneta,  
oxidada en un lóbulo del cerebro,  
rociada por el orín  
de los perros.

La palabra, amordazada...  
¡Que no hable nadie!  
¡Que no se mueva nadie!

¿Hacia dónde vais  
si ayer es tiempo todavía?

Dicen que aún están vivos,  
que llamea el rescoldo de su siembra,  
que sus palabras fermentaron  
para el pan, para la siega;  
palabras que fueron actos,  
palabras que engrosaron  
el manantial de la acequia.

Escucho el fluir del río  
de una historia inacabada;  
deshilvano el ovillo de la memoria.

Estoy oyendo...

## II

### La mirada del poeta

A Antonio Machado  
(22 de febrero, 70 años después)

Ojos de ver y no gozar el cielo  
(Miguel Hernández)

Siento tus ojos...  
Siento tus ojos sobre mis ojos.  
Ojos oscuros, profundos;  
ojos que traspasan  
el silencio,  
que buscan fragmentos de luz  
en el océano de la noche.

Yo escucho tu mirada  
vestida con jirones de atardeceres;  
tu mirada incrustada  
en el muro de una nube  
anhelante...  
-anhelante de un espacio sin fronteras-  
que devuelva la vida  
a tu rostro inmóvil.

Pesa el frío de la noche  
sobre un mar sin caminos;  
pesa la vida cuando  
el futuro es un pozo vacío;  
pesa la vida cuando la niebla  
oculta un horizonte carcomido  
por el plomo.

No desates, mar, tu furia contra el deshielo  
de esta mirada gastada  
por el insomnio.

Poética de la mirada

Tráeme con la brisa un verso, mar,  
un verso que tenga  
más fuerza que esos ojos,  
oscuros y profundos.

¡Oh mar!: una palabra sola basta  
para romper una lágrima.

III  
Ana Ozores

Ana pensó en sí misma,  
en su vida consagrada al sacrificio,  
a una prohibición absoluta del placer  
(Clarín)

Era lírico tu destino,  
cuando te envolvió una nube plomiza.

Como telaraña polvorienta  
de una noche sin espejos,  
sin abrazos, se devanaba la melancolía  
de tu dócil existencia.

Sólo el perfume del incienso  
mitificaba el escalofrío de la noche,  
sólo la blancura de unas sábanas  
guardaban tus lágrimas.

¡Y ese dios tan lejano,  
tan callado,  
socavando tu deseo,  
asfixiándote  
en el vacío de tu existir!

Como margarita deshojada  
se ajaba tu vida de desamor y soledad;  
y en aquel delirio de unos brazos  
hambrientos de sol  
no anidaba la primavera.

Poética de la mirada

Porque era otoño,  
siempre otoño,  
como socavón de hastío  
punzado por la monotonía  
de la lluvia.

Poco gozó tu carne estremecida  
de la pasión y el deseo,  
prisionera de un opresor misticismo  
que devastaba tu libertad.

Todavía siento el gélido tacto  
de tu alma ausente;  
todavía escucho el eco de la impiedad  
recorrer tu cuerpo desnortado;  
todavía la risa fácil roza el esperpento.

¡Frágil junco al albur del agua,  
turbia de envidias, desnudando  
tu hermosura inútil!

¡A solas,  
a oscuras con el hastío!

\*\*\*

Julia demuestra con este libro lo acertada que es la definición de poesía que da nada menos que Goethe, el genio de las letras alemanas, cuando afirma que “La poesía es un estado de infancia conservado”. Y nuestro Bécquer, copiando casi la misma idea, nos dice en una de sus *Cartas* que “sólo es poeta aquel que es capaz de conservar vivos los recuerdos que ha sentido de niño”. Son numerosos los poetas que aluden, de una u otra manera, a esa época de la vida como fundamental en la evolución y desarrollo vital del hombre y en su modulación humana como poeta. Jean Cohen llega a decir que el niño es poeta “malgré lui”. Asimismo, el eminente psicolingüista soviético Chukovsky sostiene que “todos los niños, entre los 2 y los 6 años, son genios de la lengua”; luego añade que “a partir de los 6 ó 7 años ese genio poético empieza a desaparecer” a medida que el niño se va adentrando en el mundo de la cultura adulta. Y es cierto, claro está, porque el niño va perdiendo todas -o casi todas- las características que hacen que la infancia sea la época más feliz de la vida y que todos la recordemos con añoranza. Como es habitual oír, todo hombre lleva

un niño dentro. Y bien conocido es el dicho –atribuido a Rainer M. Rilke- de que: "La infancia es la patria a la que todos queremos volver".

Y como el niño es un ser completamente desinhibido, en él no cabe dolo ni engaño. Cuando habla o expresa sus sentimientos lo hace desde la profunda realidad interior –**la profunda verdad**- que él está viviendo, que él mismo es. Así podemos comprender el hondo sentido que encierran estas palabras de Vicente Aleixandre - nuestro mejor Premio Nobel de Literatura<sup>1</sup>:-

**En todas las etapas de su existir** el poeta se ha hallado convicto de que la poesía no es cuestión de fealdad o hermosura, sino de mudez o comunicación. A través de la poesía pasa prístino el latido vital que la ha hecho posible, y en este poder de transmisión está quizá el único secreto de la poesía, que, cada vez lo he ido sintiendo más firmemente, no consiste tanto en ofrecer belleza cuanto en alcanzar propagación, comunicación profunda de los hombres [...]. En este sentido la poesía es una profunda verdad comunicada (V. Aleixandre, "Prólogo" a *Mis poemas mejores*, Madrid, Gredos, 1976).

Pero el niño va creciendo... "Todos los niños mueren -escribió Buero Vallejo en una de sus más notables tragedias (*El tragaluz*)-: unos, porque dejan de existir; y otros, porque dejan de serlo". En ese dejar de ser niños reside el secreto de la vida de ese niño en desarrollo; unos efectivamente olvidan para siempre -de una manera más o menos notoria- lo que su infancia les ha hecho sentir ante las cosas que "se rompen y mueren", y reaccionan negativamente, violentamente incluso, ante el mundo que se les presenta. Pero hay otros –yo quiero creer que la mayoría- que frente a ese mundo, en el que ven desmoronarse el de su infancia, sienten una fuerza interior que, como un resorte irrefrenable, les empuja a llenar de agua limpia ese vaso de su infancia y beben hasta saciar su espíritu y -como dice Francisco Brines- dejan "las palabras gastadas, bien lavadas, en el fondo quebrado de su alma, para que, si pueden, canten". Estos son **los poetas**, quienes, sobreponiéndose a toda suerte de pesimismo y soportando el peso corrompido de los años a lo largo del tiempo, "conservan vivos" aquellos recuerdos de la infancia. Y allí duermen "esperando la mano de nieve que sabe arrancarlos".

Sí. Son los poetas -que pueden despertar en la juventud primera o permanecer latentes hasta bien entrada la madurez (ejemplo señero donde los haya, Cervantes) e incluso rozando la vejez como la autora de este libro (cuyo primer poema en verso [**Mar solo**] le hace brotar la infancia plena de un corazón añorante y joven de 70 años)-. Y es que el poeta, como el niño, en cualquier época de la vida, conserva

---

<sup>1</sup> Lamentablemente, tan poco leído hoy y tan injustamente casi olvidado en esta España de nuestros días, empezando por los planes de estudio con sus programas de literatura. Ellos son los primeros culpables y los grandes responsables de esta situación y, como consecuencia, de que los jóvenes, estudiantes universitarios incluidos, y hasta muchas de las librerías, prácticamente lo ignoren.



intacta la capacidad de asombro, conserva viva la imaginación creadora; conserva la visión limpia de los hechos diarios; conserva el optimismo vital que se acrece con la compañía de los seres con los que se va relacionando en el largo caminar de su vida. Y esto es lo que le impulsa a crear; y, a la vez, a creer en la poesía como exponente y defensa de la propia individualidad. En este sentido, tanto Julia como yo, queremos desde estas páginas rendir homenaje a dos excelsos personajes femeninos -héroes donde los haya- de la literatura del pasado: **Melibea** y la pastora **Marcela**, creados como es sabido por los autores de *La Celestina* y *Don Quijote*, respectivamente. Nos impresiona vivamente como proclaman su independencia y libertad personal en medio de su condición femenina. Dos mujeres que defienden su individualidad y sus derechos naturales, humanos, y que hoy constituyen un ejemplo de dignidad. ¡Todavía! Y ¿hasta cuándo?

De igual modo que el niño en paralelo a su desarrollo físico se va apoderando del lenguaje y descubre el mundo mágico de las palabras, el poeta al penetrar en ese mundo encuentra un bellissimo paisaje, y único en su inmarcesible variedad, donde resuenan los sonidos de la voz humana articulados en palabras, desde las catacumbas de la historia hasta las infinitas cumbres cuyas cimas se pierden en el misterio insondable del por-venir. Allí, en ese hermosísimo lugar sin fronteras, moran libres en su desnudez lúdica las palabras cual doncellas vírgenes, lúbricas y puras; allí, con los brazos abiertos a disposición del ser humano, son ellas -prisioneras gozosas de los recuerdos del hombre- las que seducen al poeta -inmortal Odiseo- con sus dulcísimos cantos de sirena, las que lo incitan a poseerlas, para que ÉL -ser privilegiado- las goce, creando y recreando hasta el infinito, con su hermosura un sinfín de mundos mágicos y maravillosos, imperecederos, y haga gozar en ellos y transmitirlos, así gozosos, a la humanidad, una humanidad sin lugar ni tiempo que la limiten. Porque la poesía no tiene edad y es inmortal.

Así debes saber, "desocupado lector" -te diría Cervantes-, que el libro que tienes entre tus manos ha nacido como producto de profundas, y a veces "dolorosas", meditaciones acerca del hombre como ser sobre la tierra, habidas a lo largo de numerosos paseos silenciosos por ese hermosísimo paisaje del mundo de las palabras -confiesa la autora-. En esas meditaciones le han acompañado -a veces hasta llevándola de la mano- los poetas que con ella han vivido su vida; los que le han señalado el camino; los que le han enseñado cuanto ha aprendido de esas lecturas meditadas; y a ello nos invita: Paseemos con ellos y acompañémosles en su saber doloroso y demasiado lúcido; escuchemos su voz escrita en el espacio del tiempo; hablemos con ellos; preguntémosles cuál es el secreto de su inmortalidad<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Sí, preguntemos a Cervantes, a Juan Ruiz, a Fernando de Rojas...; preguntemos también a Clarín, a Antonio Machado, a Valle-Inclán, a Pablo Neruda, a León Felipe, a Vicente Aleixandre, a Luis Martín Santos, a Miguel Hernández... (¡Claro! Sólo hablamos en la lengua española, ¡una parte mínima aunque importantísima de toda la hermosura del mundo

De este modo, con ellos y con otros muchos más –muchísimos más- ha llegado a entender que el lenguaje de la poesía –como todo lenguaje que de tal se precie- es un lenguaje muy sentido, profundamente sentido (‘patético’). Porque, como afirma Jean Cohen, “Si ‘**decir**’ es manifestar algo más [que un contenido conceptual puro], o sea: el rostro emocionante del mundo, el estrato de expresividad, el patetismo de las cosas y de los seres, entonces sólo tiene ese poder cierto lenguaje, el lenguaje de los versos y de las figuras que llamamos poesía La finalidad del texto poético no es dar una enseñanza, así sea metafísica, sobre el mundo, sino revelar a través de las palabras una equivalencia de la experiencia misma” (Jean Cohen, *El lenguaje de la poesía*, Madrid, Gredos, 1962).

Éste es el lenguaje que encontramos a lo largo del libro que ahora estás leyendo, lector amigo. Pues cada uno de estos poemas han sido pensados detenidamente y minuciosamente elaborados. Bajo el prisma de una reflexión serena y lúcida, la autora ha querido trasladarlos al papel con la única intención de **comunicar algo**: esa “profunda verdad” que nos decía el poeta de *Sombra del Paraíso*. En esta misma línea, percibimos que los poemas que integran esta obra llevan todos, más o menos patente y con mayor o menor acierto, un significado muy sencillo y abierto en su forma pero a la vez comunican también una verdad muy profunda. Pienso que cada poema de estos "le ha costado sudores". Ha sido la suya una labor de encaje de bolillos. No se ha querido quedar en la simple expresión de una metáfora o una imagen por el hecho de que suene bien, porque la autora quiere que en su poesía palpite el alma de las cosas y el alma de las palabras, para que resulte algo verdadero, algo dicho con la plena conciencia de que lo que se expresa es producto de nuestros más hondos sentimientos.

Sábete, asimismo –lector-, que la poesía no tiene precio; es irrepetible; y no tiene fin, en cuanto tal. Está ahí, todos los días: cuando miramos las cosas y los seres y nos asombramos; cuando queremos salvar del olvido retazos de nuestra historia, la personal y la colectiva. Así comienza esta aventura, la de intentar escribir la vida en poemas, allá por el año 2005 –como indicamos arriba-, cuando se celebraba el centenario de la inmortal obra cervantina. La autora entra, casi sin darse cuenta, en el bosque de las palabras donde éstas se saltan el muro de la cordura y rebuscan en la niebla del tiempo, por los entresijos de lo misterioso.

Como podemos percibir a través de una lectura meditada de los poemas que integran *Sobre el hombro herido del mundo*, la infancia y adolescencia siempre se colando — en la poesía auténtica, y es algo bien sabido — por un lugar secreto, hacia donde se guardan esas emociones en las que palpita lo verdadero, frente a lo

---

de la palabra!). A todos los escritores/poetas que, en su transitar por los caminos de la vida, han visto la hermosura de los seres y las cosas de este mundo proyectado en el cosmos; y, tras hacerla suya embelleciéndola cada vez más y gozar de ella hasta el fin de sus días, nos lo han entregado en un bellísimo “monumento más duradero que el bronce” (Horacio dixit).

efímero e insustancial, y allí moran, clavadas en las entrañas de los poetas. Ahí es donde cada uno de ellos indaga como un niño que mete mano en su bolsillo para cerciorarse de que aún está con él su objeto preferido: algo único, especial, inmenso, asombroso (y es que “el niño es un poeta elemental”, dice J. Cohen)... La literatura les hace receptivos a los conflictos de este mundo maravilloso y a la vez trágico; y quien siente la poesía no puede, ni debe, permanecer ajeno a ellos. Tampoco quiere hundirse en la melancolía de aquel que ni se compromete, ni denuncia (recordemos a nuestro Gabriel Celaya).

De ahí que estos poemas sean producto de una forma especial de mirar. Cada mirada tiene su propia voz. En cada uno de los poemas la autora ha dado voz al silencio de seres y cosas y situaciones que navegan en la sombra; y ha buceado en la problemática del ser humano con el deseo de que todos nos encontremos en el abrazo de las palabras.